

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: Vivir en novedad de vida

(10 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Vivir en novedad de vida (10 días)

Día 1

Col. 3:1-11

Pablo hizo recordar a la iglesia de Colosas, que habían sido resucitados juntamente con Cristo, a una nueva vida. Dios lo había hecho posible por su eficaz poder (Col. 2:12). “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra”. ¿Qué quiere decir Pablo con ésto? (Lea Ro. 12:1.2.)

En este mundo, muchas veces se trata de los privilegios propios o la honra personal. Realmente es posible de alcanzar algo en la vida, llegar a la fama y bienestar. Pero la vida eterna en la gloria de Dios, no se consigue así. “¡Buscad las cosas de arriba!” Pablo dice con esto, que el cumplimiento de nuestra expectativa de vida, no se encuentra en lo terrenal.

Jesucristo ya ha puesto eternidad en los corazones de aquellos que se han entregado a Él. La misma es el vínculo que une a sus seguidores con el cielo, aún estando en la tierra. “Porque habéis muerto (se trata del pecado), y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”.

Pero nosotros aún vivimos en la tierra, estamos involucrados en el diario vivir que casi nos ahoga con sus problemas. Justamente por eso debemos concentrarnos y prepararnos ahora, para el “después”.

Para un mayor entendimiento Pablo, en otra de sus cartas, puso el ejemplo del competidor en los deportes. Su único afán es realmente alcanzar la meta. Durante meses y aún años de preparación, se concentra en que se cumpla su anhelo y, se niega a todo lo que podría disminuir su fuerza o rapidez. La preparación es dura y costosa, pero él persevera. (Lea Fil. 3:13.14; 1.Co. 9:24.25.)

Día 2

Col. 3:3-5a

“Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”. ¿Por qué escondida? ¿Acaso no debemos ser testigos visibles de Jesucristo? ¡Sí, claro, esto es nuestro deber! Sólo, que aún “no hemos salido de nuestra piel”. Vivimos aún en un cuerpo corruptible. Nuestra apariencia se asemejará a la de nuestro Señor completamente, recién cuando estemos con Él. (Lea 1.Jn. 3:2; 2.Ts. 1:10; Col. 3:4.)

Entonces, si no somos perfectos, aunque la eternidad ya ha sido puesta en nuestros corazones, ¿cómo podemos llevar una vida auténtica, que corresponda a Cristo? ¡Por la fe!

Jesús vive en nuestros corazones por la fe (Ef. 3:17). Él en mí, es mayor y más fuerte que mi anterior manera de pensar, mayor que todas las tentaciones y los pecados, también mayor que el más duro hábito de pecado. Jesús vive en mí Su vida. En esto puedo confiar diariamente, y una y otra vez dejar o sacar lo que a Él no le agrada. También se trata del hecho de separarnos de aquello que nos incita al pecado. ¡Haced morir las obras de la carne, por el Espíritu! (según Ro. 8:13).

Jesús dijo algo parecido: “si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti” (Mt. 5:29.30). Claro es, que ni el Señor Jesús, ni Pablo, exigen esto de mutilarse uno mismo.

Se trata de una negación completa y responsable del pecado, egoísmo y testarudez. Al pecado debemos confrontarlo con el poder mayor: el Espíritu Santo que nos fue dado con Cristo.

Podemos orar: “Señor, yo no tengo fuerzas para resistir. Pero Tú eres el fuerte Redentor. Yo confío en Ti, para que Tú actúes en mi lugar”.

Día 3

Col. 3:9.10.12; Ro. 6:11

¿Vivimos, por fe, en lo que Cristo ha conquistado por nosotros? Pablo utiliza otro ejemplo, para demostrar la importancia de nuestro cambio: el hecho de desvestirse y vestirse. Los vestidos viejos se rompen fácilmente y no tienen buen aspecto. Quizá están sucios y tienen mal olor, porque hace mucho no fueron lavados. Por fin, ¡quitad de vosotros el “viejo hombre” con sus malas costumbres! (v.5-9), exhortó Pablo a los colosenses. ¡Separados de la vestimenta sucia y vestíos del “nuevo hombre”, que corresponde a la imagen del Señor Jesucristo! Él les dio a aquellos que creen en Él, a los “santos y amados”, una nueva vestimenta. Con ésta debéis vestiros. Esto es: “entrañable misericordia, benignidad, humildad, mansedumbre y paciencia”.

Los versículos 12-17 ponen el espejo no solamente ante los creyentes de Colosas, sino también ante nosotros.

Seguramente descubriremos mucha suciedad. Reconociendo la bondad, el amor, la humildad y la paciencia de nuestro Señor, percibiremos nuestro egoísmo, falta de amor y de fidelidad y, muchas otras cosas.

¿Acaso no será posible para el Señor, Quien transformó un “blasfemo, perseguidor e injuriador” como Pablo (1.Ti. 1:13), en un cristiano auténtico y ejemplar, perdonarnos y restaurarnos?

Muchos lo han testificado: cuando entregaron el dominio de su vida a Jesucristo, podían quedarse tranquilos con el fracaso.

No tenían que golpear las puertas, para demostrar a todos que estaban enojados.

Seguramente una y otra vez cometeremos equivocaciones o fracasos. Pero tenemos a un Señor que ama a los fracasados y ora por ellos. Y nosotros podemos pedir perdón por lo que nos haya pasado.

¡Qué aliento nos dan las palabras de Mi. 7:18-20 y Sal. 103.2-13!

Día 4

Col. 3:12-17

“¡Vestíos, pues...!” escribió Pablo, como si las buenas características estuvieran preparadas como la ropa limpia para ponérsela a la mañana. Solamente hace falta ponérsela.

¿De verdad es tan fácil? Si fuera complicado, ¿hubiera escrito el apóstol de esa manera? ¿Acaso no es así, que nosotros mismos lo hacemos complicado?

Una y otra vez caemos en la trampa de pensar, que nosotros mismos debemos producir estas buenas cualidades que Pablo enumeró, por medio de ejercicios, hábitos y disciplina. Todo esto es bueno también, pero no nos lleva a la meta deseada. No es así como nuestro “viejo hombre” debe ser instruido, sino el “nuevo hombre” debe desarrollarse. El “viejo hombre” es y sigue siendo incorregible. Pero él no debe tener más, el dominio. Ahora el dominio lo tiene Cristo, quien vive por la fe en mí.

Watchman Nee, un cristiano chino, escribió: “Dí a Dios: ‘yo no puedo lograrlo, pero tu ley en mí (Cristo en mí) sí puede y lo logrará.

Yo pongo mi confianza en Ti’. ... Mi santificación (que se muestren las buenas cualidades en mí) no es un estado de vida, sino una persona (Cristo en mí). La vida diaria con Cristo se deja resumir en una palabra: recibir. Todo lo que Dios espera de mí: paciencia, mansedumbre, humildad, bondad, santidad y gozo, no es algo que está en mí; ni algo que hago; ni una virtud la cual anhelo; o que trato de alcanzar. Todo es Cristo en mí. En todo esto, Él se muestra”.

¿Qué debemos hacer? “pemitir... que habite Cristo por la fe en vuestros corazones...” (Ef. 3:17). ¿Dejamos a Jesús el primer lugar? (Lea He. 11:1-11.17-19.24-30; 12:1.2.)

Día 5

Col. 3:12-17

En este párrafo se nombran cerca de quince buenas cualidades y maneras de ser, que se refieren a nuestra relación con Dios y, con nuestro prójimo. Aquí no se trata de conseguir fama espiritual, sino de personas con las cuales vivimos en este mundo. Pablo sabe: la nueva vida en nosotros nos coloca en una lucha que es muy lógica, pues nuestra manera de ser se inclina siempre a que nos alejemos de Dios y que cuidemos de nuestro ego. “Porque el deseo de la carne (nuestra vida natural) es contra el Espíritu (la nueva vida otorgada por Dios), y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiéreis (obedecer al Espíritu de Dios)” (Gá. 5:16.17).

Por el Espíritu de Dios, vive Cristo en nosotros, quiere decir, su manera de pensar y actuar. Pero, mientras vivamos en este mundo, existe la posibilidad funesta, de volver a caer en nuestra vieja y rebelde manera de vivir, como antes. Sin embargo aquí se aprueba nuestra fe, nuestra confianza, que se aferra al Señor. Esta es la lucha que debemos enfrentar cada día; pues el adversario de Dios no está quieto.

En esta batalla, es importante que no nos ocupemos de hermohear nuestra fama espiritual.

La manera de ser de Jesús, quiere y debe desarrollarse en nosotros de tal manera, que nuestros prójimos, tanto creyentes como no creyentes, puedan reconocerla y disfrutarla. Ellos deben poder vislumbrar de nuestra vida, lo bueno que es Dios, cuánto Él nos ama, cómo nos trata con bondad, misericordia y paciencia.

Por eso: “¡soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros”! (Lea Mt. 6:14; 18:21.22; Ef. 4:1-6.32.)

Día 6

Col. 3:14

Todos nosotros somos muy diferentes: uno camina despacio y con cuidado; el otro es muy rápido y siempre el primero; uno tiene capacidades muy prácticas, al otro le gusta más la teoría; uno prefiere en su dormitorio, el aire bueno y fresco, el otro ama el calor; uno es muy crítico y exacto, el otro más bien generoso...

Si no existiera un vínculo de amor, una convivencia duradera no sería posible. Unos siempre intentarían realizar sus preferencias, y los otros retrocederían y se amargarían.

Vemos que el “vínculo perfecto” tiene una función muy importante. Axel Kühner explicó el tema, de la siguiente manera: “Hace veinticinco años, en nuestra boda, nos regalaron a mi esposa y a mí, una Biblia. Ella se compone de 2.500 hojas. Ninguna hoja es el total, pero cada hoja es importante para el total. Por veinticinco años, cada día, hemos leído en la Biblia, hemos buscado respuestas y la hemos estudiado y reflexionado acerca de lo leído. El hecho de que hoy todas las 2.500 hojas existen y no estén dañadas, tiene que ver con la buena encuadernación, que protege las muchas hojas tan finas, y las mantiene juntas.

También los creyentes son, cada uno en particular, como las hojas de un libro. Nadie es el todo. Todos están mantenidos dentro de la encuadernación. Las hojas sueltas se pierden fácilmente.

Cada una de ellas tienen impresiones diferentes, pero se complementan y entre todas, forman el todo. Algunas Biblias, más bien sus hojas, tienen un canto dorado. Éste casi no se nota en una hoja en particular. Pero cuando las hojas están todas juntas, se ve un hermoso brillo. Cuando estamos solos, nuestra apariencia es pálida y pequeña. Todos juntos emitimos un fuerte brillo, si estamos sostenidos por el vínculo perfecto, que es el amor”. (Comp. Hch. 2:42.46.47; 4:32-35; Ef. 4:15.16.)

Día 7

Col. 3:17-25

“Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él”. La vida externa debe ser una expresión sencilla y auténtica de la interior, que vivimos con Jesús. Si decimos: Jesucristo vive en mí, esta afirmación, no nos da motivo para aparentar creyendo tener una “aureola”. Justamente en las pequeñas y muchas veces encubiertas cuestiones de la vida diaria, se debe comprobar lo que creemos; en nuestra familia; en la escuela; en el lugar de trabajo o también estando jubilado.

Aquí Pablo se refiere a la familia, utilizando palabras muy claras.

Él se refiere a las mujeres y a los hombres; a los hijos y los padres; los siervos y sus amos. El concepto bíblico de matrimonio, familia y educación de los hijos, hoy se considera muchas veces como pasado de moda o antiguo. ¿Realmente hemos entendido lo que Pablo escribió?

“Casadas, estad sujetas a vuestros maridos...” ¿Qué significa aquí “sujetarse”? ¿Acaso no se trata hoy más bien de autodeterminación y libertad sin límites? ¿Estamos dispuestos en general de sujetarnos: el hijo a los padres; el alumno al maestro; el empleado al empleador; el ciudadano a las leyes del gobierno? ¿Qué se entiende por sujeción?

Muchos piensan al escuchar esta palabra, en “opresión” u “obligación”, y lamentablemente hay, en todos los niveles de relaciones, muchos ejemplos de abusos en vez de sujeción.

Nosotros queremos referirnos, respecto a este tema, a las relaciones humanas, que Pablo describió. Primero mencionó a la mujer casada, que debe sujetarse a su esposo, “como conviene en el Señor”. (Comp. Ef. 5:21; He. 13:17; 1.P. 2:13.14; 5:5; Lc. 22:42; 2.Co. 12:7-9.)

Día 8

Col. 3:18.19

Después de la caída en pecado, Dios dijo a Eva: "... tu marido se enseñoreará de ti" (Gn. 3:16b). Aquí no se trata de un mandamiento, sino más bien de una palabra profética. La historia de la humanidad muestra la realidad de esa profecía. Los hombres se enseñorean de sus esposas y las consideran su propiedad. Por otra parte también las mujeres intentan enseñorearse de sus maridos, como por ejemplo, la reina Jezabel. (Comp. 1.R. 16:30.31; 18:13; 21:1-16; Ap. 2:20.21.)

Según el orden bíblico de la creación, la mujer le fue dada al hombre como su ayuda; como respaldo; y para estar frente a él, semejante a él (Gn. 2:18). La mujer no es hombre. El hombre no es mujer. Ellos no se diferencian sólo corporalmente, sino también en su manera de pensar, de sentir y de actuar. De esto surgen las diferentes prioridades respecto al trabajo y, la distribución de roles.

El rol del hombre, consiste en poder alimentar a la mujer y a los hijos, protegerlos y sentirse responsable por ellos, también en la parte espiritual. El rol de la mujer consiste, en el apoyo y fortalecimiento de su marido, en las tareas seculares y espirituales. Ella estará ocupada especialmente en la educación, cuidado de sus hijos y del mantenimiento un agradable ambiente en la casa. ¡Recordemos la expresada posición de la mujer en Pr. 31:10-31!

El hombre y la mujer deben complementarse, según el orden de la creación. En la unión de ambos está el poder de sus acciones.

El hombre no es pachá ni "hijo", al que se debería educar; la mujer no es jefa ni una simple "cenicienta". El mutuo respeto y el íntimo amor, deben modelar el matrimonio. La valoración y el amor, no solamente son importantes en el matrimonio. El amor de Jesús se debe reflejar en todos sus seguidores. "Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros". (Lea Jn. 13:34; 1.P. 1:22; 1.Jn. 4:7; 5:1.)

Día 9

Col. 3:18-21

En primer lugar la sujeción significa el obediente reconocimiento de una autoridad, sobre la base del amor recibido. Aquí es lo normal que no se imparte ordenes, esperando una obediencia ciega. Esto traería divergencias, luchas por el poder y peleas.

¿Acaso hemos conocido a Jesucristo de esta manera? ¿Corresponde esto a su amor? Claro que no. Según la manera de ser de Jesús debería haber una mutua sujeción, envuelto con el manto de la humildad: el hombre ante el Señor, la mujer ante el marido. “Someteos unos a otros en el temor de Dios” (Ef. 5:21).

Por eso, el apóstol Pablo escribió: la sujeción de la mujer sea “como conviene en el Señor”. Nuevamente, se nos hace ver la manera de pensar del Señor Jesucristo. Basándose en el amor que existía, entre el Padre y el Hijo, Jesús iba por el camino de la obediencia y la sujeción, sin perder su singularidad. “Por eso, tampoco debemos considerar para nosotros, este camino como deshonor” (W. de Boor). Jesús conocía en su vida sólo una cosa: cumplir la voluntad de Dios. (Comp. Jn. 4:34; 5:19.30; 6:38; Mt. 26:39.42; He. 5:7-9; Sal. 40:8.)

El sometimiento de la mujer tiene además, otro aspecto: “Someterse significa textualmente ‘ponerse bajo una protección’.

Con ésto queda bien claro, que no se trata de la disminución de la mujer: se la invita a confiarse a su marido” (H. Krimmer).

Y, ¿qué de los hombres?: “Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas”. “Entonces, al hombre no se dice: ¡Ponte sobre la mujer! ¡Aprovecha tu privilegio!, sino ámala” (W. de Boor). Aquí se trata del amor ágape de Dios, que se da sin buscar nada para sí mismo.

Jesús nos ha amado así y nos ha rescatado de esta manera, de la muerte eterna (lea Jn. 3:16).

Día 10

Col. 3:19-21; Ef. 5:25-29

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella”. El amor ágape “se refiere al puro amor originado en Dios, que se da a sí mismo, sin excluir el amar naturalmente, pero que en sí, es completamente diferente” (W. de Boor). Aquí no se encuentra ni la más mínima señal de autorización, para actuar de manera dominante o violenta, por la conciencia de su “posición de poder”.

Además, el apóstol exhorta: “... no seáis ásperos con ellas” (otros traducen: amargados, duros). Muchos esposos nunca tienen tiempo para la familia; critican y refunfuñan; demuestran con mucho énfasis, cuando están desconformes; no se disculpan cuando se han equivocado; son tacaños con el sostén para la familia y, dejan sola a la esposa con la educación de los hijos, yendo por sus propios caminos. ¿De qué manera los cónyuges pueden mejorar la vida del matrimonio?

“Para conseguir una convivencia armónica dentro del matrimonio -en las tareas tanto del hombre como de la mujer- se necesita el mutuo escuchar a Jesús. Quiere decir, la lectura bíblica en conjunto y la oración. Por lo menos una vez al día, el esposo y la esposa deberían leer la Biblia y, por lo menos dos veces por día, orar juntos” (A. Mauerhofer).

Varias parejas se lo habían propuesto muchas veces, pero abandonaron su propósito al poco tiempo, por las turbulencias de la vida diaria. Esto no es asombroso. Pues el adversario de Dios y de los hombres, está muy interesado en que la familia como célula germinal de la sociedad, se aleje de Dios y de su buena Palabra, para que no haya tiempo para la reflexión y el importante cuidado de la comunión.

No es necesario que aceptemos este desarrollo sin resistencia. Vivimos por el amor de Dios y recibimos la fuerza para nuestra vida, de la riqueza de su Palabra. (Lea Stg. 4:7.8a; 1.P. 5:6-8; 2.Co. 2.11; Ef. 4:27; 6:10-13.)